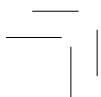


ÍNDIGO

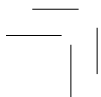
EVA AGUILAR



ÍNDIGO

EVA AGUILAR





SAGA ÍNDIGO 1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

© Del texto: Eva Aguilar

© De la foto de portada: Juan Martínez Estudio (www.martinezestudio.com)

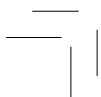
Copyright: © 2014 by Eva Aguilar
Copyright TrailerBook: © Irene Iglesias
Regalos Que Viven (www.losregalosqueviven.com)

© De esta edición: Librería Vanaol, s.l.
Marva, 9 - 46007- Valencia
Email: info@editorialsargantana.com
www.editorialsargantana.com

Primera edición: Octubre 2015
Impreso en España

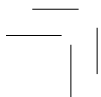
ISBN: 978-84-
Depósito legal: V-

*Para Helios, por creer que podía escribir este libro.
Para Hada y Orión, porque de un modo u otro, aparecen en él.
Y para todos los Daniel que estuvieron en mi vida, sin los cuales
no me habría convertido en la persona que soy.*



Índice

Introducción.....	11
Prólogo.....	35
Capítulo 1	39
Capítulo 2	69
Capítulo 3	101
Capítulo 4	139
Capítulo 5	159
Capítulo 6	179
Capítulo 7	213
Capítulo 8	243
Capítulo 9	291
Capítulo 10	331
Capítulo 11.....	371
Capítulo 12	405
Capítulo 13	443
Capítulo 14	485
Capítulo 15	519
Capítulo 16	555
Capítulo 17	585
Capítulo 18	619
Epílogo.....	647



INTRODUCCIÓN

Diario de Dionne.

Barcelona, 1227.

Desembarcamos en el puerto de Barcelona durante el reinado de Jaime I, denominado El Conquistador. Viajábamos como pinches en un barco de mercaderes y la coartada nos había valido para no levantar sospechas. Afortunadamente, las cocinas estaban situadas en los niveles inferiores y compartíamos camarotes oscuros y andrajosos con el resto del personal. No subimos a proa durante el trayecto, evitando la exposición innecesaria al sol.

Descendimos en mitad de la noche y nos refugiamos en un albergue a cambio de unas pocas monedas.

Podíamos obtener dinero gracias a nuestras recientes habilidades, pero el hurto era un nuevo agravante a nuestro más que reprobable comportamiento. Actuábamos como dioses, decidiendo sobre las vidas del resto de seres humanos y pudiendo influir sobre ellas. A nuestro alcance, se abría todo un horizonte de posibilidades. Éramos más fuertes, más rápidos y más letales, inmunes a sus armas y empezábamos a sospechar que también seríamos eternos. En cinco años no habíamos envejecido ni enfermado y nuestras limitaciones eran nimiedades comparadas con los dones recibidos.

Todo a cambio de la sangre.

No dejábamos rastro de nuestros crímenes y en aquella época era muy sencillo, pues las muertes se reproducían con la misma rapidez que las ratas.

En aquellas condiciones, disfrutamos de nuestro regreso a la ciudad que tanto amábamos. Barcelona no sólo era donde había nacido, sino el lugar donde conocí a Evan.

De toda la locura de los últimos años, lo único que importaba era él y lo mucho que lo quería. Dicen que la muerte es el último enemigo a batir, sin embargo, en nuestro caso, la habíamos burlado como a todos los demás.

Nuestra relación había zozobrado en el tiempo, fluctuando en un remolino de obstáculos. Nuestras familias, de religiones opuestas y de posiciones muy dispares, habían trabado el inicio. Después, el hambre, las guerras y la enfermedad.

Evan creía que la vida nos había dado la oportunidad que merecíamos. Detestaba cometer asesinatos, pero comprendía mejor que yo, que no teníamos otras alternativas.

En Sicilia habíamos consolidado nuestro matrimonio y en París hallado el don que nos permitía caminar donde otros, antes que nosotros, habían perecido. Esperábamos que Barcelona nos devolviera la felicidad de nuestros primeros encuentros y la oportunidad de un futuro en un reino en auge.

Corría el rumor de que el rey estaba a merced de los nobles aragoneses y que había firmado un tratado para poner fin a las disputas, con promesas de campañas contra los musulmanes.

La religión había marcado nuestra existencia y ni Evan ni yo creíamos en Cruzadas, dioses divinos ni Profetas, más después de lo ocurrido. Sin embargo, el mundo por el que nos movíamos en nada podía parecerse a las épocas esplendorosas del alto Imperio Romano y nos enfrentábamos, sin duda, a una edad oscura, a un tiempo dominado por la ingenuidad, la esclavitud y la guerra.

Nos habíamos jurado que en ningún momento intervendríamos en el devenir de la Historia. Nuestros dones nos permitían decantar batallas o manipular a reyes, pero teníamos claro que nuestra

supervivencia dependía del sigilo de nuestros movimientos. No debíamos levantar sospechas y menos con una Iglesia que llamaba en la lucha contra infieles.

Sin duda, nos tacharían de adoradores del diablo o tildarían nuestros poderes de brujería.

Nos establecimos en una pequeña villa, a las afueras de la ciudad. De ese modo, las montañas de alrededor y el mar nos ofrecían refugio seguro, de descubrirse nuestra naturaleza.

Calmábamos nuestra sed, en su gran mayoría, con campesinos que trabajaban en los feudos. En ocasiones, debíamos alejarnos más e introducirnos en la ciudad porque los señores de las tierras se alarmaban de la desaparición de sus esclavos y castigaban al resto, incrementándoles los diezmos.

Evan era partidario de acabar con monasterios enteros y pagar su frustración contra aquellos que tanto sacudían la ignorancia de los campesinos, alarmándoles con promesas sobre el cielo o el infierno, pero yo intentaba aplacarlo y refrenar su sed, pues no nos creía mejores que los monjes a los que criticábamos.

Si existía un infierno, se manifestaba en la Tierra y nosotros ardíamos con él.

Los años venideros transcurrieron en esos términos. A medida que pasaba el tiempo, adquiríamos otras habilidades. Fuimos capaces, por ejemplo, de empezar a manipular el fuego. Al principio, utilizábamos fogatas para desplazarlo o incrementarlo únicamente con el pensamiento; pero posteriormente, empezamos a ser capaces de recrearlo con nuestras propias manos.

Evan adquirió otro tipo de dotes, como la posibilidad de mover objetos o manipular mentes ajenas. A menudo, era capaz de leer el pensamiento o visualizar las vidas de otras personas.

Barcelona se cubría de esplendor gracias a las victorias de su rey, pese a las críticas de sus nobles; al mismo tiempo que nosotros. La incorporación de los reinos de Mallorca, Valencia, así como de otros territorios incitaba al pueblo a sospechar de las intenciones de Jaime I por repartir sus glorias entre sus hijos.

Fue en aquellos tiempos, cuando empecé a cuestionarme en lo que nos habíamos convertido. Durante el día, Evan y yo nos amábamos con lujuria, como si cada segundo, significase el fin de nuestra existencia. La pasión crecía a medida que nuestras habilidades aumentaban y jamás lográbamos saciarnos el uno del otro.

Pero al caer la noche, nos convertíamos en depredadores y salíamos a las calles a cazar, en busca de presas ingenuas.

Poco a poco, comenzamos a dividirnos para alimentarnos. Evan frecuentaba la corte en busca de noticias sobre su Francia natal, donde se hablaba con recelo del rey San Luis. Se había labrado un nombre en el círculo cercano al rey, gracias a la fortuna amasada a costa de asesinatos.

Él sabía que yo no aprobaba ese tipo de conducta, pero me apenaba la añoranza que sentía por París y hacía la vista gorda porque, al amanecer, Evan regresaba al lecho y me hacía el amor con la misma humildad de cuando no teníamos ni unas pocas monedas para sobrevivir.

Sin embargo, la mayor distancia entre nosotros se producía a la hora de beber sangre.

—¿Era necesario hacerlo de ese modo? —le grité una noche, hastiada.

Evan depositó el cadáver sobre la alfombra, cerca de la chimenea. Estuve tentada de elevar una mano y hacerlo arder de inmediato, pero tuve miedo de prender fuego a toda la casa.

—No comprendo.

—¡Extraerle hasta la última gota! ¡La has dejado completamente seca!

Evan arqueó las cejas, observándome como si no me conociera. Me froté los brazos como si el frío me afectara y desvié el rostro hacia la muchacha. Era joven, apenas tendría quince años y sus ropajes, ajados y andrajosos, indicaban que su status social no era elevado. Otra campesina, una más de tantas que habíamos asesinado.

—Esperaba que tú también bebieras. La he traído para ti, pero no iba a desperdiciar su sangre.

—Por favor, deja de hablar como si fueran mercancías. Me enferma tu sarcasmo.

—Dionne. —Me agarró de la muñeca, aprisionándome entre sus brazos y forzándome a que lo mirara—. ¿Qué ocurre?

—No era más que una niña.

Un atisbo de comprensión cruzó su rostro hermoso. Me empapé de sus ojos, azulmente intensos y tuve que recordarme que era el mismo hombre que me había salvado la vida.

—Era una desgraciada —confesó—. Su padre la despreciaba e iba a venderla a un señor feudal como concubina.

Lo miré, negando con la cabeza.

—¿Y eso lo justifica?

—Nada justifica lo que hacemos, Dionne, pero no tenemos elección.

—¡Siempre hay elección! —grité—. Podrías al menos refrenar tu sed, tratar de sobrellevarla...

Me soltó, dándose media vuelta y pasándose las manos por la cabeza, en un claro signo de desesperación.

—¿Es lo que estás haciendo, Dionne? ¿Soportar la sed? Llevas una semana sin beber.

Me mordí el labio inferior, intranquila. Se había marchado todas las noches a la corte y sin embargo, llevaba perfectamente la cuenta de mi abstinencia.

—Experimento —repliqué—. Del mismo modo que tú lo haces con tus poderes.

Se movió tan rápido que apenas aprecié el movimiento. Me estrelló contra la pared, aprisionándome con su cuerpo. Sus ojos desprendían centellas de ira, pero estaban tildados de preocupación. Ahogué una expresión de asombro y se tomó unos segundos para calmarse, hasta relajar el semblante. Elevó una mano y me acarició el dorso de la cara, con tanta dulzura como siempre. Me estremecí y me fundí con el tacto de su piel, cálida y segura.

—Te estás debilitando. Si no bebes sangre, podrías volver a enfermarse y yo...

—Está bien —respondí de inmediato. No soportaba verlo sufrir—. Beberé.

Soltó el aire retenido en los pulmones y se inclinó para besarme. Le devolví el beso con ansiedad, rodeándole el cuello con los brazos y dejándome vencer por el indudable poder que ejercía sobre mí. Éramos esclavos de nuestros sentimientos y era la única pobre excusa que teníamos para explicar nuestro comportamiento.

—Lamento pasar tanto tiempo en la corte —confesó—. Lo hago por nosotros. Necesitamos estar bien informados, las cosas se están complicando con los nobles y Barcelona podría dejar de ser un lugar seguro para nosotros.

Lo miré aterrada.

—¿Tendremos que marcharnos?

Dudó un instante.

—Espero que no. Pero estamos solos, Dionne y debemos ser prudentes.

—De acuerdo.

Tras un reinado de sesenta y tres años, el rey Jaime I falleció en Alzira y lo sucedió su hijo Pedro III, fruto de su segundo matrimonio. Lejos de aplacar reyertas, su reinado transcurría entre desencuentros con Francia por la corona de Sicilia y graves problemas económicos derivados de la guerra por ese territorio.

La pobreza se respiraba en Barcelona, contaminando sus calles y castigando a los más débiles. Lejos de suponer un problema, a nosotros nos beneficiaba el clima de angustia y enfermedad.

Evan fingía ser un reputado sanador y aprovechaba las técnicas rudimentarias de sangrados para no levantar sospechas en los cadáveres. En su favor, debería decir que era justo en sus decisiones. Si podía salvar a los pacientes, los ayudaba y únicamente acababa con la vida de aquellos que no tenían curación posible. De este modo, aplacábamos nuestra consciencia y nos sentíamos un poco mejor, porque Evan no cobraba dinero a aquellos que no podían pagar.

Una fría noche de invierno, una mujer llamó alarmada a nuestra residencia. Abrí la puerta y la contemplé sobrecogida. Parecía completamente desesperada. Alta y esbelta, las lágrimas empañaban su hermosura. Llevaba el cabello trenzado, de una

tonalidad prácticamente plateada, pese a que su rostro parecía joven. No obstante, se apreciaba mayor que nosotros. Debía rondar los cuarenta, mientras que nosotros nos habíamos congelado en el tiempo antes de cumplir los treinta.

—Mi esposo —suplicó—. Se muere. Por favor, señora, he oído decir que aquí reside el mejor sanador del reino.

Dudé unos instantes hasta que, finalmente, la dejé entrar y fui en busca de Evan. La conciencia me carcomía por dentro. Aquella mujer era yo, la que fui cuando Evan y yo habíamos contraído la enfermedad que era mortal para el resto de seres humanos. La desesperación que sufría hacia su esposo era la misma que yo había sentido cuando pensaba que perdería al mío.

—Evan.

Lo encontré sentado en su estudio, repasando unos pergaminos junto al fuego de la chimenea, mientras lo avivaba con un gesto de mano.

Elevó la cabeza en mi dirección, aguzando el oído y sintiendo que algo no iba bien.

—Ha venido una mujer preguntando por ti —logré decir—. Su esposo se muere.

Evan captó el titubeo en mi voz. Se levantó y tomó el maletín que utilizaba para las curas.

—Veré lo que puedo hacer.

Le cogí el brazo, antes de que se marchara.

—Sálvalo, Evan.

Depositó un beso sobre mi cabeza y me sonrió con tristeza. La luz no alcanzaba sus ojos. Lo vi alejarse, contemplando aquella extraña aura que lo rodeaba y que sólo había sido visible para nosotros desde la conversión. Su belleza era fría y calculadora.

Evan no regresó en los siguientes tres días. Lo aguardé, inquieta y sedienta, incapaz de salir a beber sangre por mí misma. Sus ausencias, normalmente, no eran por periodos más largos que unas pocas horas y siempre se preocupaba por alertarme de antemano.

Sin embargo, nuestra relación estaba tan firmemente afianzada que no podía dudar de sus intenciones.

Cuando ingresó por la puerta, después de su larga desaparición, lo único que deseaba era besarlo y hacerle el amor; pero no venía solo.

—¿Evan?

—Ayúdame a llevarlo al lecho —me apremió.

Confusa, me acerqué a ellos y coloqué un brazo del acompañante sobre mis hombros. Nuestra extraordinaria fuerza nos permitía llevar pesadas cargas, pero la intención de Evan era evitar que el enfermo resultase dañado.

Caminamos hacia la estancia de visitas y lo depositamos sobre la cama. Solté una exclamación de horror y me tapé la boca con las manos.

El hombre que yacía en el lecho estaba cubierto de sangre. Todo su cuerpo se estremecía de dolor, abierto en canal por múltiples incisiones. Los ojos, enrojecidos, se elevaban hacia el techo, en un estado de locura. La musculatura, simétrica, fornida y atlética subía y bajaba en un vaivén agónico, en busca de un oxígeno que parecía resultarle insuficiente. El cabello, largo y entrecano, se le pegaba a la piel del cuello, que rociaba ríos de sudor. Estaba desnudo de cintura para arriba y no llevaba zapatos, pues del talón, le resbalaba un hilo de sangre.

Los ojos se me abrieron de necesidad y me tapé la nariz para no oler aquel líquido infernal que tanto precisaba. Retrocedí, prácticamente trastabillando, ejerciendo todo el autocontrol que había trabajado durante años.

—¿Qué has hecho Evan? —lamenté.

Negué con la cabeza, mientras un dolor sordo se me instalaba en el pecho. El sufrimiento de la traición. Evan no había cumplido su palabra y aquel hombre padecía todo el yugo de su carácter depredador. No se había contentado con morderlo una única vez, sino que lo castigaba con múltiples incisuras, aumentando el calvario.

—No te precipites en las conclusiones, Dionne —me espetó—. No es lo que piensas.

—¿De verdad? —grité, con los ojos cubiertos de lágrimas—. ¿Y qué debo creer? Te pedí que lo salvaras, no que lo asesinaras con premeditación y alevosía. Has hecho una carnicería.

—¡Basta! —me espetó, antes de que añadiera algo más.

Lo fulminé con una mirada encendida. Intenté reconocer al hombre que amaba, pero en aquellos instantes veía algo que no me gustaba, que no se correspondía con mis sentimientos hacia él. Sus rasgos, morenos, varoniles y atractivos eran idénticos a los de los últimos años, pero su mirada se había endurecido con el tiempo.

—Iba a morir, Dionne.

—Entonces deberías haberle dado consuelo a su esposa —repliqué.

—Le he dado algo mejor —lanzó una rápida mirada al hombre—. Una oportunidad.

Coloqué los brazos en jarra y lo imité, escudriñando el estado del enfermo. No me parecía que morderlo fuese una solución a su estado y no veía resquicios de recuperación.

—No lo entiendo.

Evan suspiró y me abrazó por la cintura, obligándome a que lo observara con detenimiento. La ternura de su amor me conmovía, pero no podía compartir muchas de sus conclusiones. Que dos

personas sobrevivieran, por mucho que se quisieran, no era justificación para segar miles de vidas.

—Llevo mucho tiempo realizando experimentos, Dionne.

Temblé, ligeramente inquieta.

—¿Qué tipo de experimentos?

—Durante años, he tratado de convertir a otros humanos en lo que somos.

—¿Qué?

Me aparté de él como un resorte, confusa y perpleja.

—Necesitamos ayuda, Dionne, no podemos ocultar lo que somos sin riesgos. Tenemos que tener aliados, otros como nosotros.

—¿Te has vuelto loco?

—Me temo que no.

—¡No somos dioses! —grité, empujándole.

Nuestras fuerzas estaban equiparadas, sin embargo, a pesar de que él había bebido y yo no, lo estampé contra la pared. Se golpeó la espalda y soltó un quejido, jadeando.

Me arrepentí de inmediato de mi arrebato y me observé las manos, sin entender lo ocurrido. Evan bebía con mucha mayor frecuencia y yo tenía mucha sed, demasiada como para destilar más fuerza que él.

Giré el rostro hacia el otro hombre, temblorosa.

—¿Cómo... cómo lo has hecho?

Evan se incorporó y no le dio importancia a lo ocurrido. Se colocó a mi lado, rodeándome la cintura de nuevo e inclinando la sien sobre la mía. Bebí de su caricia, incapaz de ignorarla.

—Le he dado mi sangre.

Intenté mantener una postura abierta, porque quería conocer el procedimiento.

—¿El intercambio...?

—He probado muchos métodos todos estos años y por primera vez, creo haber dado con la fórmula correcta —me explicó—. Al principio, intenté reproducir lo que nos había ocurrido a nosotros. Localicé a enfermos con síntomas parecidos a los que nosotros teníamos y les di de beber sangre humana —hizo una pausa, sumido en sus pensamientos—. Pero no funcionó. Murieron sin que ocurriese nada. Después, probé con personas sanas y enfermas a darles de beber nuestra sangre. Pero tampoco dio resultado.

—¿Entonces...?

—El proceso correcto es morderlos y luego darles de beber nuestra sangre. Lo complicado es atinar con la cantidad. No estoy muy seguro de cuánta ha bebido, pero los síntomas de su enfermedad han comenzado a remitir y las mordeduras están cicatrizando.

Me acerqué al lecho y descubrí que lo que decía era verdad. El hombre sangraba cada vez menos y las heridas se estaban sellando.

Tuve que volver a retroceder, porque los dientes me hormigueaban de necesidad. Era una tortura oler la sangre en la misma habitación.

—¿Por qué lo has mordido cinco veces? —quise saber.

Evan se encogió de hombros.

—Quería estar seguro de que funcionaría.

Pronto fue evidente que aquel hombre se recuperaría. Durante veinticuatro horas, sufrió un auténtico calvario. Tenía tanta sed como nosotros habíamos tenido al principio de nuestra conversión y sufría terribles dolores que no teníamos forma de refrenar. Velamos el cambio junto a él, luchando contra nuestra propia sed, aguardando a que se restableciera por completo. Evan no me había hablado del momento en que había entregado su sangre, pero intuía que había sufrido durante ese proceso. Por lo pronto,

sentía su debilidad como propia y nuestra empatía era tan alta que apreciaba el terrible desgaste al que se había sometido.

Los siguientes días, me ocupé de atender a nuestro enfermo, pero también a Evan. Por primera vez en muchos años, parecía cansado y no podía someterse a grandes esfuerzos. Necesitaba beber más sangre que de costumbre y sus habilidades menguaron significativamente, lo que ocasionó que volviéramos a discutir.

—¡No deberías haberlo hecho! —le reprendía, demasiado preocupada para aceptar que podía peligrar nuestra eternidad.

—No ocurrirá nada, Dionne —me tranquilizaba él, como siempre, acunándome entre sus brazos—. Tengo todo el tiempo del mundo para reponerme. Simplemente, he realizado un gran esfuerzo que pasa factura.

Al final, tuve que admitir que probablemente estaba en lo cierto. Cuidamos a nuestro invitado hasta que estuvo totalmente recuperado y empezó a hacernos preguntas. Corríamos el riesgo de que nos delatara pero, lamentablemente para él, no tenía más alternativa que confiar en nosotros.

—¿Cuál es vuestro nombre? —le pregunté, con amabilidad.

Me estudió con respeto, pero la expresión que adoptó hacia Evan, fue de absoluta adoración.

—Claude. Me llamo Claude.

Nuestros miedos se desvanecieron de inmediato. Claude era fiel a Evan hasta un punto que rayaba la sumisión. Empezamos a valorar la posibilidad de que el intercambio de sangre supusiera una vinculación entre las partes y estableciera una relación de eterna lealtad.

Claude estaba muy agradecido por haberle salvado la vida y se convirtió en un buen aliado. Conocía a mercaderes y sacerdotes y su habilidad de palabrería resultaba muy útil para manipular a las personas y evitar sospechas acerca de nuestro modo de vida.

Se adaptó rápidamente a nuestras necesidades y no tenía escrúpulos a la hora de asesinar y beber sangre de las personas. Comprendía muy bien que era el único modo de mantener nuestra inmortalidad y no lo cuestionaba.

Sin embargo, yo tenía ciertos recelos, preguntas que no sabíamos responder y que manifestaba a Evan.

—No es como nosotros.

—¿A qué te refieres?

—No es capaz de manipular el fuego, ni tiene control sobre las mentes o los objetos. Y su aura...

—Su aura es de la misma tonalidad que la del resto de humanos, Dionne. Los diferentes somos nosotros —replicaba Evan.

—Exacto y eso era lo que nos diferenciaba de ellos. Tal vez, la conversión...

—La conversión se ha producido de manera correcta —insistía Evan—. Nosotros no manipulábamos el fuego o los objetos desde el inicio. Debes darle tiempo.

Yo me conformaba con sus explicaciones, pero discrepaba de sus teorías. Claude era increíblemente fuerte y rápido, muy superior a cualquier persona corriente, pero inferior en condiciones a nosotros.

Por otro lado, a pesar de su discreción inicial, visitaba todos los días a su esposa. No podía confesarle que seguía vivo, pues aquello implicaba rebelarle nuestra naturaleza y las órdenes de Evan habían sido muy claras, así que la veía a través de la ventana o la perseguía cuando ella iba al mercado, exponiéndose a la luz del sol y debilitándose a su causa.

Evan lo reprendía con severidad, pero yo me compadecía de él. A veces, lo acompañaba en sus paseos y le ofrecía todo el apoyo posible.

—La amo —me confesaba Claude—. Y está sufriendo un infierno. Cree que he muerto.

—Es mejor así.

Entonces Claude me observaba con tristeza y su rostro se tornaba más férreo y endurecido.

—¿Vos pensaríais lo mismo si perdierais a Evan?

Yo me estremecía en todas aquellas ocasiones en las que imaginaba que Evan podía desaparecer de mi vida y negaba con la cabeza.

—No podría perder a Evan, Claude.

—Entonces interceded por mí. Pedidle que haga lo mismo con mi esposa.

—¿La condenaríais a esta vida?

—¿Por pasar la eternidad a su lado? Sin ninguna duda.

A pesar de las manipulaciones de Claude, yo creía firmemente en sus palabras y pensaba que era sincero cuando hablaba del amor que sentía hacia su esposa. Sin embargo, no fue su labia lo que me convenció para dar el paso decisivo.

Una noche, localicé a su mujer en el cementerio, junto a la tumba ficticia que habían levantado en honor a Claude. Me oculté tras un árbol y escuché sus llantos, que se expandieron durante horas. Vi a una mujer destruida, una mujer que amaba por encima de todas las cosas, del mismo modo que yo.

Salí de mi escondite y me acerqué a ella. Al principio, no me reconoció y se enjugó la cara, con toda la dignidad de la que disponía, pero finalmente, ubicó mi rostro y me agradeció mil veces la atención que Evan había dispensado a su esposo, hasta sus últimas horas de vida.

—El sanador no podía hacer nada —explicó—. Claude había contraído Ántrax maligno. Ningún otro curandero quiso acudir a casa por temor a la infección.

Se retocó el chal negro que le cubría los hombros y pude apreciar las marcas que adornaban el inicio del tórax. Pústulas de color negro brillante. Ahogué un grito de horror.

—Pronto me reuniré con él —añadió, al ver que me había percatado de los síntomas.

Sus ojos blanquiazules, prácticamente cristalinos, estaban enrojecidos por los esfuerzos de los vómitos y la fiebre que debía estar padeciendo.

—Aguardad.

La tomé del brazo antes de que se alejara y la llevé conmigo. Le dije que el sanador querría tratarla personalmente y accedió a acompañarme. La dejé descansando en una de las habitaciones y prohibí a Claude que se acercara a ella, mientras yo hablaba con Evan.

Ya había tomado la decisión por entonces, pero me costó que él la respetara.

—Lo haré yo —insistió—. Sé cómo hacerlo y como refrenar la sed.

—No —lo contradije—. Todavía estás muy débil de la anterior conversión. He de hacerlo yo.

—Dionne...

Vi en su mirada que me había ocultado parte del sufrimiento que había experimentado con Claude. Pero de los dos, yo era la que más tolerancia a la contención tenía y mi poder era en aquellos momentos, superior al suyo.

Una de las cosas que más valoraba de Evan era que me trataba como a su igual, no había rangos entre nosotros. Cuidaba de mí, pero respetaba mis decisiones y no se oponía deliberadamente a ellas. Algo que, en aquella época, no era nada común entre los hombres.

Lo preparamos todo para aquella misma noche ya que la enfermedad estaba muy avanzada y no estábamos seguros de que pudiese sobrevivir muchas jornadas más.

Repetí el mismo proceso que Evan había utilizado con Claude, incluso el número de mordeduras. Guiada por él, fui capaz de resistir la donación extrema de sangre y la posterior sensación de debilidad.

La mujer experimentó los mismos cambios y se recuperó por completo, tal y como había ocurrido con Claude. Igual que sucedía entre él y Evan, se estableció un poderoso vínculo entre nosotras y creció en ella una ardiente devoción por servirme. Me apreciaba y me quería, pese al engaño inicial y comprendía nuestros motivos de actuación.

Encontré en ella una aliada que aliviaba mi carga, pues sufría las mismas reticencias que yo a cometer crímenes para beber sangre y sobrevivir. Languidecía en vida a cada asesinato que perpetrábamos a favor de nuestro modo de existencia.

Evan y yo estábamos completamente seguros de que las diferencias de pareceres no se debían a sensibilidades de sexo y que en nada tenía que ver que fuésemos hombres o mujeres, pero no lográbamos explicar las diferencias apreciables entre nosotros. Así como Evan y yo resultábamos individuos bastante parecidos en nuestros comportamientos, incluso a pesar de las discrepancias, entre Claude y su esposa se adivinaban aspectos más dispares en el modo de actuación.

—¿Por qué vuestra aura es distinta a la de nos? —quiso saber ella, en una ocasión.

Miré de reojo a Evan, que estaba sentado frente a nosotras y le sonreí con ternura.

—Vuestra aura también es distinta a la de Claude.

—Es verdad —aceptó—. Pero todos los humanos nos dividimos entre auras blancas u oscuras y supongo que la diferencia entre unas y otras es la fuerza que estas inspiran.

Me sorprendió su razonamiento y quise indagar más.

—¿Pensáis que las personas que tienen un aura blanca son más débiles que las que la tienen oscurecida?

Se encogió de hombros.

—Es lo que dice Claude.

Evan y yo intercambiamos miradas, sumidos en nuestras propias reflexiones.

Pero desentrañar aquellos misterios no se convirtió en la prioridad de nuestra existencia. Con el tiempo, Evan y yo fuimos recuperando las fuerzas perdidas en la conversión de nuestros primeros seguidores y tuvimos que volver a plantearnos repetir la experiencia.

Los mejores años de mi vida los viví en aquella Barcelona envuelta en reyertas constantes y luchas de poder cuando Fernando de Aragón asumió el trono de la Corona. Tuve la suerte de viajar a Castilla y presenciar con mis propios ojos el reinado de Isabel la Católica y el auge de las Españas.

La vi gobernar con rectitud, a veces ignorante de su pueblo, pero siempre amándolo desde su trono. La vi sufrir por sus hijos y luchar contra el infiel, adorando a un Dios que la castigaba una y otra vez con su desprecio.

Pero ante todo, Isabel y Fernando representaban en mi imaginación el mismo matrimonio que Evan y yo llevábamos a cabo en la oscuridad de sus reinos. Por entonces, habíamos formado toda una comunidad de los nuestros, aunque ningún otro creado a través de nosotros. Claude y su esposa habían encabezado las conversiones y pronto descubrimos que bastaba una única mor-

dedura para provocar el cambio y que aquello suponía entregar menor cantidad de sangre y un desgaste más tolerable.

Todos esos nuevos individuos nos deleitaban con su lealtad y jamás cuestionaban nuestras decisiones. Algunos se inclinaban por rebeliones contra las personas y por gobernarlas, pero finalmente acataban nuestras normas. La supervivencia consistía en pasar inadvertidos.

Delegamos la responsabilidad de controlarlos en Claude y su esposa, ya que ellos habían iniciado a muchos en nuestras necesidades y eran más poderosos que el resto, tal vez, porque eran los únicos que provenían de nosotros.

Mientras tanto, Evan y yo compartíamos cada segundo de nuestra existencia. Él había dejado atrás sus investigaciones y se ocupaba a todas horas de mí, porque intuía mi decaimiento.

La vida ya no me parecía hermosa.

Habíamos segado tantas vidas que ya había perdido la cuenta y las muertes pesaban cada vez más en mi conciencia. Ya no era capaz de beber sangre más que un par de veces al mes y cada día me sentía más débil.

Evan insistía en que la eternidad podía parecer tediosa si no le dábamos un nuevo sentido. Intentó animarme haciéndome viajar a lugares que jamás habíamos conocido y regresando a aquellos en los que habíamos compartido grandes momentos, pero nada de aquello logró combatir mi tristeza.

No soportaba seguir viviendo a costa de otros y no existía un modo decente de alimentarnos sin causar sufrimiento. Y de haberlo habido, tampoco podría borrar lo que habíamos hecho en el pasado.

—¡Maldita sea, Dionne, tienes que beber!

La nueva táctica de Evan consistía en traerme la sangre en un recipiente, después de haberla extraído del cadáver. Debía tomarla

con premura, antes de que se estropeará, pero incluso aquello me parecía repulsivo.

—Puedo aguantar un poco más... —insistía.

—¡No! Apenas puedes moverte, no te quedan fuerzas.

—Lo soportaré.

—¡Basta, Dionne! Sabes que estás al borde de enloquecer, como le ocurrió a Bianca.

El recuerdo de Bianca iluminaba mis pensamientos. Sentía mucha lástima por ella, pero también respeto. La había convertido su padre, pero ella se había negado desde el principio a alimentarse y cometer crímenes para poder sobrevivir.

Pensábamos que moriríamos si no bebíamos sangre, pero aquello era otra de las tantas cosas que no podía matarnos. Bianca se había consumido en vida, hasta perder la cordura y la razón. Su mente se había quedado completamente en blanco y a pesar de que la obligamos a ingerir sangre con posterioridad, no volvió a recuperarse mentalmente.

No deseaba compartir aquel destino, pero Evan y yo sabíamos que me acercaba peligrosamente a un abismo sin retorno.

Cuando Cristóbal Colón regresó de su viaje a las Indias, Evan insistió en que tenía la suficiente influencia en la Corte para poder acoplarse en la próxima expedición, pero el mar no me entusiasmaba y apenas podía salir por el día porque la luz del sol me hacía demasiado daño, debido a la debilidad.

Una de las noches que Evan se marchó con Claude por asuntos de organización de nuestra comunidad, decidí salir a dar un paseo por Barcelona.

No podía acercarme demasiado a las personas o habría sucumbido a la sed, pero llevaba una túnica que me cubría el rostro, a modo de protección.

La ciudad me mostró un cielo estrellado, despejado y tranquilo. Bebí de sus calles, sumergiéndome en las entrañas de la civilización, admirando sus estructuras y lo que habíamos construido a través del tiempo. Fui consciente de que éramos mejores creando que destruyendo, a pesar de las guerras, el hambre y la pobreza. La religión y el poder eran enemigos de la sociedad, pero su mancha no empañaba la hermosura de las estructuras.

Había caminado por el mundo durante años, sobrevivido a la muerte y ya no tenía ninguna historia que contar. Mis crímenes habían causado demasiado sufrimiento y no sabía si tendría que rendir cuentas por ello, pero tampoco podía importarme ya.

Pensaba en Evan y en la fortaleza de nuestro vínculo, cuando me topé con una anciana envuelta en telas, acurrucada junto a la fuente. Lanzaba unas piedras sobre unos dibujos trazados en la tierra. El cuenco con unas pocas monedas me dio a entender que se trataba de una de las múltiples mendigas que poblaban las calles. Miré a mi alrededor y descubrí que estábamos a solas.

Suspiré, derrotada. Si lo deseaba, podía acabar con ella en cuestión de segundos. Bebería la sangre y dejaría su cuerpo a la intemperie. Probablemente, nadie haría preguntas al respecto ni se molestaría en inspeccionar las marcas.

El pensamiento era aterrador, a pesar de que yo era el depredador y ella la presa.

Continué caminando, pasando de largo, cuando su voz me detuvo.

—Sois especial.

Volví sobre mis pasos, agotada física y mentalmente y deposité unas monedas sobre el cuenco, conteniendo la respiración. El olor

me inundaba las fosas nasales y estaba deseando sucumbir a la ansiedad.

Era común que los mendigos alabasen a la gente a cambio de conseguir monedas, así que no me sorprendió.

—Vuestra aura es brillante y pura.

Me detuve, a pesar de que ya había comenzado a alejarme y me giré hacia ella. La inspeccioné, pero no me pareció que fuese diferente. Sin duda, era humana. Su propia aura destilaba una tonalidad blanquecina, muy nítida.

—¿Puede ver mi aura?

—Oh, por descontado —sonrió con debilidad.

Cambió la postura, pero no se puso en pie. Me fijé que a su lado reposaba un bastón del que, con toda probabilidad, se ayudaba para caminar.

—Es muy definida. Poderosa.

Arqueeé las cejas.

—¿Cómo...?

—Tranquila, muchacha —elevó una mano en un gesto de disculpa—. Sólo soy una pobre vieja con un don inútil.

—¿Y cuál es vuestro don?

Sonrió y vi una dentadura mellada.

—Mucha intuición.

—Comprendo.

Bajé los ojos hacia los dibujos en la tierra y las piedras que estaba lanzando.

—¿Sois vos una especie de adivina?

Se encogió sobre sí misma y lanzó miradas alrededor, como si esperara ver aparecer a alguien.

–Bajad la voz, muchacha. No práctico la brujería, si es lo que preguntáis. La reina de Castilla utiliza a la Iglesia como instrumento de castigo para aquellos que somos diferentes y nuestro rey lo permite en su propio reino.

No le faltaba razón. Isabel la Católica había entregado demasiado poder a la Iglesia y ésta se tomaba la justicia por su mano.

–No pretendía insinuar eso. Pero vuestras palabras me inquietan.

La anciana negó con la cabeza.

–No tengo ninguna magia más allá de leer muy bien el interior de las personas, así como mi abuela y mi madre antes que yo.

Asentí. Podía admitir que había ciertas personas que desarrollaban mejor que otras algunas habilidades. Si nosotros veíamos el aura o movíamos objetos era porque la conversión había activado ciertas características que, por otro lado, tal vez el ser humano tuviese de manera innata, pero no desarrollase.

–He de irme.

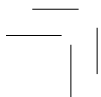
–Por supuesto. Gracias por las monedas.

Me mordí el labio inferior, cambiando el peso del cuerpo de un pie al otro, decidiendo probar la credibilidad de su don.

–¿De qué color veis mi aura?

Lanzó otra piedra sobre los dibujos, entretenida con su juego y me contempló con los ojos entrecerrados. Finalmente, volvió a sonreír con tristeza.

–Índigo. Vuestra aura es de color índigo.



PRÓLOGO

Christine

¿Cuál es vuestro primer recuerdo? Aquel que duerme en lo más profundo de la mente, sumergido entre imágenes difusas, a menudo imperfectas y la mayoría de ellas producto de nuestra propia forma de recordarlas y no de la realidad de las mismas. Mi primer recuerdo es la sangre. Recuerdo el calor emanando de mis labios y el sabor a óxido en la lengua, resbalando a través de las comisuras de la boca. Lo siguiente, el grito de mis padres al arrastrarme de debajo de la cama y finalmente la oscuridad, probablemente producto del desenlace del recuerdo. Debía tener aproximadamente nueve meses y me lancé desde la cuna hacia la cama de mis padres, pero no llegué a alcanzarla y acabé deslizándome por debajo, colisionando con el revestimiento de madera de los laterales y colándome por el hueco. El llanto alertó a mis padres, pero no puedo recordar sus voces ni tampoco la calidez de sus brazos al rescatarme, únicamente recuerdo la sangre de la herida que me produjo en la boca, tras el choque.

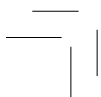
No es un recuerdo poderoso, pero enlaza perfectamente los elementos de mi existencia y vaticina de una forma profética lo que sucedió posteriormente y voy a relataros en estas páginas. Debo empezar por el principio y el principio me lleva irremediablemente a la primera vez que vi a Orión. Yo tenía cuatro años. No sé si su imagen o la imagen que sumerge en mi cabeza es acertada, porque, sinceramente, no puedo asegurar que él no la modificara con objeto de disminuir el horror de aquella secuencia, de aquella noche; Pero es la única que guardo en mi cerebro y por tanto, es la que puedo contaros.

Sucedió en invierno. Vivíamos al este de un pequeño pueblo de una región de Escocia. No puedo recordar el nombre y no he tratado de averiguarlo nunca, quizás, si Orión lo borró de mi memoria, debía tener un motivo y ese motivo me basta para no remover el pasado. La urbanización donde residíamos no debía tener más de doscientos habitantes y la mayoría de ellos únicamente pasaban el verano en ella. Sólo dos de nuestros vecinos colindantes estaban en sus casas aquella noche, y ninguno acudió para ayudarnos. Nuestra vivienda era un adosado de dos plantas, con una fachada blanca y el tejado en una combinación de los colores lila y granate. Las puertas estaban cerradas con llave, pero no forzaron las cerraduras y la alarma no sonó, pese a que la compañía aseguró, a la mañana siguiente, que había estado conectada toda la noche. Sí puedo recordar los rostros de mis padres en aquel instante, sus manos entrelazadas entorno al sofá y la película que había escogido Alan, mi hermano menor. *Mufasa* acababa de morir y yo trataba de explicarle que no era real, que únicamente estaba sucediendo en la televisión. Mientras sonaba “*Hakuna Matata*” la puerta se abrió de par en par y un viento helado apagó el fuego de la chimenea. Y ahí fue donde, por primera vez en mi vida, conecté mis ojos con los de Orión. Aquellas iris azules perforaron mi mente abruptamente y quedaron suspendidas unos instantes en mis pupilas, dilatadas a causa de la sorpresa. Una segunda figura irrumpió en la casa y soltó una fría carcajada.

—Bebe —ordenó a Orión, y mi recuerdo termina en ese instante.

No obstante, las pesadillas me han devuelto pequeños retazos. Mis padres murieron aquella noche y también mi hermano Alan. Fueron asesinados por Orión. Todos ellos menos yo. No puedo explicar el motivo, lo desconozco. Lo único que puedo decir es que mis sueños están invadidos por los gritos de mi familia, que su sangre empaña constantemente mi mente y que después de aquel acto terrible, Orión me cogió en brazos y me llevó a vivir con él.

Y aquí debo hacer un alto. La historia continúa en las siguientes páginas y estoy convencida que merece ser contada, en memoria de aquellos que ya no están a mi lado; pero, te prevengo lector. Ésta no es una historia convencional. Sí, hay amor, un amor que fluye infinitamente a través de estas páginas, un amor exquisitamente confeccionado para aquellos humanos más complejos. Hay bandos, hay una fina línea que separa el bien y el mal, pero también hay tragedia, dolor y muerte. Por tanto, debes plantearte si deseas seguir adelante. Si lo que buscas no está relatado en este prólogo, entonces, es mejor que no continúes leyendo.



CAPÍTULO 1

*Christine**Barcelona, 2013*

-¡¡¡¡AHHHHH!!!!

Mi propio grito me retumbó estridentemente en los oídos. Me incorporé en la cama y parpadeé confusa. El sol lamía mi cuerpo de cintura para abajo, colándose a través de las cristaleras de la ventana. Jadeando, me pasé una mano por la frente y descubrí que estaba perlada de un sudor pegajoso. Volví a cerrar los ojos y me dejé caer sobre la almohada mullida. Conté hasta cuatro respiraciones tratando de escuchar pasos en el pasillo, pero la casa parecía en silencio. Suspiré aliviada. Era atormentador encontrarse con los ojos de Orión al despertar de mis pesadillas, pues a menudo él aparecía en ellas y era como no haber abierto los ojos. Afortunadamente, hacía años que Orión ya no tenía la costumbre de arrodillarse a los pies de mi cama y tratar de calmarme con palabras banales y huecas, no obstante, a pesar del tiempo, seguía temiendo ver sus pupilas dilatadas por el asombro y sus torpes intentos por consolar a una niña a la que él mismo había destruido la vida.

Suspiré, relajada y en ese instante el despertador del iPhone escupió el Runaway de Bon Jovi. Me gustaba la canción, pero detestaba ser lo primero que escuchaba por las mañanas. Me senté en el borde de la cama y mis pies desnudos rozaron el parqué de la habitación. Estaba a una temperatura apropiada y poco a poco sentí como recuperaba el control sobre mí misma.

Sufría terrores nocturnos desde que habían muerto mis padres y me poseía un miedo irreflexivo cuando, cada noche, me tumbaba

en la cama y sabía que iba a perder la conciencia durante unas horas. La sensación de cerrar los ojos, dormir y dejar de existir durante un paréntesis en el tiempo, me resultaba un pensamiento prácticamente insoportable. Me recordaba amargamente a los cadáveres de mi familia, muertos, yertos, inertes, manchando de sangre el suelo cerámico de mi casa.

Sacudí la cabeza para ignorar la penetración de aquellas vivencias. Si me había permitido aquel momento de debilidad era por la pesadillas que acababa de tener, donde los brazos de Orión me arrastraban lejos de mi hogar.

Abrí la ventana de par en par para ventilar la habitación y Barcelona me saludó con el resplandor de la luz solar y un cielo tapizado de azul. Aspiré el aire de Pedralbes y disfruté del sonido de los pájaros piando en los árboles del jardín. La casa de Orión era muy amplia, quinientos metros cuadrados de ladrillos rodeados por una pequeña porción de naturaleza. La piscina estaba acunada por la sombra de los altos pinos y la pista de tenis encasillada en el verdor de los helechos y los rosales. Era muy agradable poder esconderse en el exterior cuando el interior de la casa estaba impregnado de la presencia de Orión y su sombra recorriendo cada centímetro de pared.

Cogí una toalla y me deslicé hacia el baño. Una de las ventajas de la casa era, precisamente, que podía disponer de la comodidad del aseo dentro de mi habitación. Orión se había esforzado en hacer mi existencia más agradable, pero nada de todo aquello podía compensar el agravio que me había causado, que me causaba a diario. Soportar su presencia se había convertido en un hábito para mí, pero la soledad me atenazaba las entrañas cuando estaba frente a él.

Abrí el mando de la ducha y los grifos de masaje dispararon chorros de agua sobre mi cuerpo. Cerré los ojos y disfruté de la sensación que me adormecía los músculos. Me masajeeé el costado derecho con una mano, embadurnándolo de jabón. Todavía se

dibujaba un horrible moratón tiñendo mi piel pálida. Orión me había golpeado con la rodilla en el entrenamiento del día anterior y yo no había podido esquivar la rapidez de su movimiento. Un dolor agudo me había perforado por dentro pero, enfurecida porque había vuelto a doblegarme, no le había permitido examinarme ni tampoco había bebido su sangre.

Arrugué el gesto en un claro signo de incomodidad, descendí el masaje por mi cuerpo hacia la cadera y tentativamente me rocé el sexo. La boca se me abrió de alivio pero de inmediato, retiré el contacto. Una nueva oleada de pesadillas pugnaban por abrirse paso a través de mi cerebro, pero las deseché rápidamente. Me sentía culpable incluso por palpar mi cuerpo aunque, a menudo, era lo único a lo que podía acudir cuando estaba desesperada, cuando la pared de cristal que había trazado entorno a mí, amenazaba con derribarse.

Un poco enfadada conmigo misma, cerré el mando de la ducha y me sequé con la toalla, cepillándome el pelo con paciencia. Me había demorado bastante y tendría que desayunar rápido si quería llegar a tiempo a la parada del autobús y coger el transporte que me llevaría al instituto.

Orión estaba en la cocina cuando bajé precipitadamente las escaleras. Apenas cruzó una breve mirada conmigo antes de que apartara la vista y la dirigiera hacia el vaso de sangre que me esperaba en la encimera. Lo observé de pronto, con repugnancia, pese a que todo mi organismo se había tensado al verlo. Orión se había molestado en meterlo en el microondas y el cristal deslizaba un tibio humo hacia arriba.

—Bebe —me indicó, con amabilidad.

Se había cruzado de brazos contemplándome. Siempre se quedaba esperando hasta que acababa de beber la sangre porque no se fiaba de que cumpliera mi promesa. La había hecho una semana después de venir a vivir con él y no la había quebrantado

porque odiaba incumplir mi palabra, pero no podía recordar cómo había logrado Orión convencerme para ello.

Sí sabía que al principio la sangre me provocaba nauseas y que vomitaba, pero al cabo del tiempo, empecé a desearla y a necesitarla como un bebé necesita la leche materna. Me había preocupado mucho al inicio, porque estaba convencida de que Orión me había mordido de algún modo y me había convertido en vampiro; pero cuando se lo pregunté, me prometió que no era así y yo también sabía que Orión jamás rompía sus promesas. En el fondo nos parecíamos en eso y por ello nuestra convivencia resultaba sencilla, porque estaba basada en el compromiso de nuestras palabras.

Por supuesto, yo opinaba que no le debía ninguna lealtad a Orión, pese a que estaba viva sólo porque él había decidido ser clemente conmigo y pese a que deseaba todos los días de mi vida poder abandonar su casa. Pero me quedaban unos meses para cumplir los dieciocho y legalmente, no podía largarme sin más. Orión me había adoptado tras la muerte de mis padres y había asumido el papel de padre de acogida. Posteriormente, cuando yo había crecido y él se había quedado perfectamente congelado en sus veintiséis años, había removido los papeles para hacerse pasar por mi hermano mayor.

—Christine...

Fruncí el entrecejo frustrada y caminé hasta la nevera. Cogí un yogur y el vaso de sangre de la encimera y me senté en la mesa de la cocina.

—Beberé —le aseguré, aunque sus ojos se arrugaron en una mueca de incredulidad.

Confiaba en mí, pero también sabía que odiaba beber sangre, incluso cuando mi propio cuerpo la deseaba. Únicamente le había preguntado en una ocasión el porqué me obligaba a hacerlo y él me había respondido que era por mi bien, secamente, sin ofrecerme

mayor consuelo. Era tan escueto en su forma de comunicarse conmigo que con el tiempo, había dejado de preguntarle cosas. Me crispaba la pasividad de su mirada y me enfurecía que él mismo no sintiese la necesidad de ofrecerme explicaciones. No lo hacía porque no tenía conciencia sobre sus acciones y actuaba movido por sus instintos de vampiro, porque, en definitiva...no era humano.

—He de irme a trabajar... tengo una reunión —me indicó.

Me encogí de hombros y le di un sorbo al vaso. La sangre rozó mis labios, lamió mi lengua y se coló a través de la garganta con un gusto exquisito. Tuve que contenerme para no gemir de placer.

Cuando estaba cansada o dolorida, como en esos momentos por culpa del entrenamiento, la sangre era el mejor remedio para mi cuerpo, que la absorbía con ímpetu y ansia. La sangre de vampiro aceleraba la recuperación de la heridas y me ofrecía más fuerzas. Con cada nuevo sorbo, el dolor del costado iba remitiendo considerablemente.

Orión estudió mi rostro pero no comentó nada del inevitable rubor que había teñido mis mejillas. El vigor se me había anidado en el cuerpo. Azorada por mi propio comportamiento, me levanté de la mesa y dejé el vaso en el fregadero. Ya no tenía hambre, pero podía llevarme el yogur para almorzar en el instituto. Me detuve un instante a contemplar el rostro de Orión, que se había instalado en mis terrores nocturnos, pero desvié la cabeza con agilidad. Sabía que él habría notado mi escrutinio, pero al menos, había tenido la amabilidad de no comentar nada acerca de mis gritos.

Casi sentí la necesidad de abandonar la estancia. Me colgué la mochila al hombro y salí atropelladamente de la cocina, en dirección a la salida. Jadeaba cuando llegué a la parada del autobús. Se había instalado en mí una sombra de inquietud, de pronto, no me había sentido segura en la misma habitación que Orión. Habían

pasado exactamente trece años desde la muerte de mis padres y sabía que precisamente por eso había soñado con aquella noche y había sufrido con la presencia de Orión.

La sangre bullía en mi interior a una velocidad mayor de lo habitual y los nudillos se me entumecieron del esfuerzo de apretarlos. La necesidad de matar a Orión se había esfumado de mi cerebro mucho tiempo atrás, cuando año tras año me había habituado a la vida que me tocaba vivir y que compartía con él; pero en aquel instante, sentía que podía volver atrás, cruzar de nuevo la cocina y enfrentarme a él. Ya no podía asustarme como cuando tenía cuatro años, pero lo cierto era que yo tampoco sabía cómo matar a un vampiro.

El autobús se detuvo enfrente de mí y subí rápidamente sin saludar al conductor. Pasé la tarjeta de viajes por la máquina de pago y me senté en el primer asiento libre con vistas a la ventana. Contemplar Barcelona era uno de los placeres que me relajaban y me ayudaban a hacer más sencilla mi existencia. Reposé la cabeza sobre la palma de la mano y me descubrí recordando los pocos retazos que me quedaban de mi familia. Ya no se me humedecían los ojos y la opresión del pecho había desaparecido, todo se había esfumado esculpiendo a mi alrededor un escudo de hielo y transformando las sensaciones en un vacío hueco y desolador. Pero así era más sencillo. Los sentimientos me hacían más humana, pero también me debilitaban y Orión entrenaba cada día mi capacidad para resistir el dolor y centrarme en sobrevivir. Sobrevivir... sí, aquella era una buena definición para mi existencia. Me frustraba que Orión dedicase sus esfuerzos en convertirme en una máquina de autodefensa cuando, curiosamente, el mayor peligro de mi vida residía precisamente en su presencia; pero entrenar con él, tener la oportunidad de golpearle y que me golpeara, era una sensación deliciosamente gratificante y me aferraba a ella como a la otra única pasión que tenía: el tenis.

Cuando bajé del autobús tuve que apresurarme para entrar en el edificio. Una marea de estudiantes habían escogido el mismo

horario que yo y no cabían más de dos personas al mismo tiempo por la puerta. El autobús hacía el recorrido por Pedralbes, bajaba hacia la Zona Universitaria y seguía hasta el final de la Diagonal, donde se encontraba mi instituto.

—¡Hola, guapa!

Unos brazos me rodearon por detrás e instintivamente, mi cuerpo se tensó en un estremecimiento.

Sin pretenderlo, me zafé hacia la derecha y me di la vuelta bruscamente. Dani me sonreía sin tomarse a mal mi actitud. La conocía y la entendía y había un deje de disculpa en su mirada. Normalmente, evitaba tocarme, pero a veces se dejaba llevar por su naturalidad innata. Relajé el semblante y le devolví la mirada, acercándome de nuevo y entrando con él al aula. El profesor todavía no había llegado y varios alumnos pintarrajeaban la pizarra y jugaban a encestar papeles en la basura. Saludamos con la cabeza a varios de nuestros compañeros y nos sentamos al final de la clase, encima de unos pupitres, en nuestro sitio habitual.

—Tienes mala cara —me reprendió Dani, alzando una ceja.

Yo esquivé su escrutinio. Dani era el único que se acordaba que aquel día era el aniversario de la muerte de mi familia, el único que lo sabía. Que cada año estuviese atento a mí en estas fechas me hacía sentir importante y a la vez, incómoda. Llevaba toda la mañana tratando de ignorar ese lastre.

—Orión me dio ayer una paliza —confesé.

A pesar de la sangre, me sentía dolorida. Dani arrugó el gesto y negó imperceptiblemente con la cabeza. Nadie, ni siquiera él, sabía que Orión era un vampiro e incluso yo a veces sentía la necesidad de reír por recordarlo; se había convertido en algo tan habitual en mi vida que no le prestaba la importancia que otras personas le hubiesen dado. En general, vivir con un vampiro no suponía nada especial. Orión se alimentaba de sangre (pero nunca

en casa), vestía ropa oscura porque el sol no lo mataba, pero sí lo debilitaba si se exponía en exceso (aunque, a decir verdad, le gustaba vestir de esa manera) y por todo lo demás se comportaba como un ser humano corriente. Tenía varias empresas (y mucho dinero), veía la televisión, se aseaba como una persona y llevaba un ritmo de vida corriente, incluso aburrido. Toda su existencia, en realidad, estaba basada en mi persona y en su necesidad de cuidarme y protegerme. Secretamente, mi cerebro pensaba que era porque se sentía culpable, pero era tan brusco en la forma de expresarse conmigo y tan frío en sus acciones, que mi corazón no le permitía a mi mente aquella concesión.

—Deberías haber dejado las clases de entrenamiento hasta después del partido.

Cierto. En unos días tendría el partido de tenis más importante de mi vida. Giré el rostro hacia atrás para mirar de perfil a Gaia. Ella me devolvió ese breve contacto con una expresión de suficiencia en el rostro. Estaba rodeada de sus amigas (todas ellas rubias y pijas) y de varios chicos que jugaban en el equipo de fútbol del instituto. Era demasiada mala suerte que tuviera que enfrentarme a ella, precisamente en la fase regional de acceso al campeonato de España, cuando era la primera vez en la vida que lograba llegar tan lejos. Pero claro, no era una coincidencia. Gaia jugaba realmente bien al tenis y su nivel de competición era superior al mío, que había empezado a entrenar mucho más tarde. En el último enfrentamiento que había tenido con ella, un año atrás, me había ganado con facilidad.

—¿Marcando el terreno, Fillol?

Susana me pasó el brazo por los hombros y se sentó a mi lado en el pupitre. Una expresión de molestia atravesó el rostro de Dani cuando comprobó que, tal y como ocurría siempre, el tacto de mi amiga no me afectaba de la misma manera y yo no me apartaba de su contacto. Susana nunca me tocaba a propósito, era amigable y extrovertida y su forma de comportarse era del

todo corriente; pero era una chica y yo no tenía problemas con el contacto de mujeres.

Sentí la necesidad de disculparme con Dani pero cuando volví a alzar la vista hacia sus ojos, la sombra de disgusto se había desvanecido. Casi sonreí interiormente. Conocía a Dani desde los nueve años, cuando Orión me había matriculado en su colegio, tras hacer el cambio en la custodia y pasar de ser mi padre a mi hermano. Yo no entendía cómo había logrado arreglarlo legalmente, pero tampoco me había interesado, porque en el fondo, nada había variado en exceso. Orión seguía acudiendo religiosamente a todas las reuniones de padres y/o tutores y se comportaba de la misma forma. Pero el cambio de colegio había sido obligatorio para no levantar sospechas. En aquella época no me había importado porque tampoco había trabado amistad con nadie y en mi clase me consideraban rara y retraída. No esperaba mucho del nuevo colegio, pero Dani había sido el primero en acercarse a mí, me había escudriñado de arriba abajo y preguntado: “¿Tú no eres catalana, verdad? Pareces de otro país”. Su pregunta me había desconcertado tanto que acabé por confesarle que había nacido en Escocia, algo que jamás le había dicho antes a nadie. Desde entonces, nos hicimos inseparables y años más tarde, Susana también se había unido a nuestro grupo.

—Únicamente pensaba en el partido —contesté a mi amiga.

Susana solía llamarme por mi apellido, Fillol, en vez de por mi nombre. Era una costumbre y me la había contagiado muchas veces, sobretodo, cuando debía dirigirme a ella.

—Oye, Chris —me sonrió.

Era muy pálida de piel, pero su rostro era dulce y agradable. Tenía unos ojos verdes que habían captado el interés de más de un chico y su largo pelo castaño le llegaba a la altura de cintura. Me gustaba estar con ella porque era una persona habladora y que rellenaba mis silencios habituales.

—No debes preocuparte. Estoy convencida de que vas a ganar.

La incredulidad se dibujó en mis facciones, pero mis dos amigos llevaban repitiéndome lo mismo toda la semana. Me encogí de hombros. Dani contemplaba la sombra anidada en mis pómulos, tal vez sopesando si había sido del todo sincera con Susana. La verdad, mirar a Gaia era como ver todo lo que yo jamás sería. Gaia tenía una familia muy completa, una posición social adecuada, era guapa y brillante y buena deportista. Yo no tenía el mismo talento que ella para jugar al tenis pero mis ganas siempre habían sido superiores a las de mis rivales. Mis partidos consistían en desplegar mi rendimiento físico y empeñarme en lograr victorias. No podía soñar con la habilidad genética de Gaia (su madre había competido en el circuito WTA muchos años), ni tampoco con su facilidad para estar rodeada de personas. Yo prefería la soledad al protagonismo.

—¡A sus asientos!

La voz del profesor de Geografía retumbó en el aula, interrumpiendo mis pensamientos. Compararme con mis mejores amigos tampoco resultaba sencillo. Me senté entre los dos y me castigué un poco mirándolos de soslayo. Susana era atractiva por naturaleza y también tenía muy buen gusto con la ropa y los complementos. Dani, en cambio, era un chico corriente. De rostro ovalado, su cabello alborotado le lamía la frente con mechones cobrizos. Las iris de sus pupilas estaban teñidas de un marrón común y no era especialmente alto. Pero era Dani, en definitiva, todo lo que una chica de mi edad podía buscar en un compañero. Amable, cariñoso, atento e inteligente y tenía un don para caer bien a los demás. Yo estaba en medio de ellos dos. Sería, retraída, insegura y callada. Mis cabellos eran de un oscuro azabache y únicamente los llevaba bien cortados en una media melena escalonada porque Orión pagaba a una buena peluquera. Lo que más me gustaba de mi rostro eran mis ojos, de un azul cobalto intenso, pero que se fundía armoniosamente en mis facciones, sin destacar de una

forma que hubiese parecido saltona. Por lo demás, mi piel estaba tostada gracias a los entrenamientos de tenis, pero el conjunto de mi cuerpo no era elegante ni deseado. Era uno más del montón. Sin embargo, no odiaba mis rasgos físicos porque eran la prueba más viva de las similitudes con mis padres. De mi madre había heredado los ojos y el cabello y de mi padre los perfiles faciales. Como había crecido sin una mujer en la casa nunca me habían enseñado a combinar la ropa, pintarme las uñas o maquillarme y era un completo desastre a la hora de escoger un atuendo apropiado. Así que solía vestir con ropa deportiva o vaqueros y camisetas simples. Orión insistía en que podía utilizar su dinero y entrar en tiendas como Dolce & Gabana, Hermes o Armani, pero a mí la idea me resultaba repugnante. No quería nada suyo que se saliese de lo normal y constantemente rechazaba sus muestras de generosidad. Después de todo, Zara no estaba tan mal.

La clase transcurrió lenta y dolorosamente aburrida. Al menos, sí que era buena con mis notas pero las explicaciones de ciertos profesores se me eternizaban. Muchas veces, cuando Dani o yo nos aburríamos, nos saltábamos clases y nos íbamos a comer algo a un bar cercano, pero nunca dejaba que los profesores sospecharan de mis ausencias, porque no deseaba un enfrentamiento con Orión. A menudo me reprendía a mí misma y me preguntaba porqué no se lo había puesto más difícil. A pesar de todo lo que había rodeado mi existencia, a pesar de tener que vivir con el asesino de mi familia, me había comportado con ejemplaridad. Nunca le había causado problemas en el colegio, no me había escapado de casa ni había protagonizado ninguna escena psicótica. Nunca le había dado motivos a Orión de sopesar la posibilidad de enviarme a un psicólogo para tratar de superar mis traumas infantiles. En realidad, Orión era muy capaz de saber cómo me encontraba en cada momento. Me conocía mejor que cualquier padre hubiese conocido a sus hijos y sabía perfectamente cuando mi odio hacia él se convertía en insoportable y necesitaba que me diese espacio para volver a poner las cosas en su cauce.

–¿Vas a ir a entrenamiento de tenis? –me preguntó Dani a la salida.

Susana ya había cogido su bolsa de deporte de la taquilla y se encaminaba hacia nosotros. Ella también jugaba conmigo y ambas íbamos a la misma escuela de competición. A veces, Dani venía a vernos y jamás solía perderse un partido mío.

–Sí, hoy me apetece relajarme un poco.

Había una nota de compasión en la forma de observarme de mi amigo, así que opté por desviar la cabeza, esperando a que Susana dejara de charlar con todo el mundo y se dignara a unirse a nosotros. Dani quería hablar de mi familia, de su muerte, porque pensaba que iba a sentirme mejor, pero yo esperaba poder evitar eternamente esa conversación. En el fondo, Dani me conocía lo bastante como para comprenderlo, pero se pasaba la vida intentado que me abriese más a él y a los demás, porque con la edad, yo parecía haber tomado la dirección contraria e iba más en retroceso.

–Chris...

Dani alargó tentativamente la palma de la mano a mi rostro, sin llegar a rozarlo.

Sentí como los músculos del estómago se me contraían en un impulso inesperado y quise retroceder, pero la mirada de mi amigo me anclaba al suelo. La intensidad de sus pupilas brillando con la luz del atardecer crepitando en el horizonte. Tal vez, Dani era a la única persona que yo recordaba querer, a la única a la que le permitía ciertas concesiones y me las permitía a mí misma. Deseaba corresponder sus gestos como una persona normal, pero no podía.

–Estoy bien –le mentí.

Mi voz sonaba ronca. Detestaba sentirme vulnerable y detestaba las emociones que me asaltaban en el pecho. Debía controlarme.

—¿Estás lista, Fillol? —nos interrumpió Susana, alegremente.

Sentí cierto regocijo por dentro. Al menos, mientras Susana estuviese con nosotros, estaba a salvo de mis sentimientos.

—Vamos —asentí.

Dani no nos acompañó. Me despedí de él con un beso en la mejilla y me encaminé con Susana calle abajo, en dirección a la Diagonal. Cogéríamos el autobús y bajaríamos a dos calles del Club de Tennis Barcelona. Susana sacó el iPod de su mochila y me tendió un auricular. Era complicado caminar las dos a la par mientras escuchábamos música, pero a ella le encantaba y sus gustos musicales eran mucho mejores que los míos.

—¿Cuándo vas a darle una oportunidad? —me reprendió.

Giré tanto la cabeza en la dirección opuesta que tuve que esforzarme por sujetar el auricular. Quería hacerme la tonta y no responder a las preguntas de mi amiga, pero sabía que no era indiscreción, sino preocupación por mí. Susana no me entendía como Dani, no sabía darme espacio ni lo pretendía, más bien todo lo contrario. Yo comprendía que su curiosidad era la de cualquier adolescente que va a cumplir dieciocho años, pero yo no era como los demás ni tampoco deseaba serlo. Susana hablaba movida por unos hechos que no se correspondían con la realidad y muy ajena a los sucesos de los que únicamente Dani, era en parte partícipe.

—Es un amigo —respondí, mordaz.

Sabía que era la respuesta que cualquier chica de mi edad hubiese dado y me sentí orgullosa de poder interpretar un poco ese papel. ¿Qué podía confesarle? ¿Qué era incapaz de permitir que un hombre me tocara? ¿Explicarle tal vez los motivos...? Susana hubiese salido corriendo, no estaba capacitada para escuchar las atrocidades de mi vida, se le hubiese reventado la burbuja de felicidad. Y yo tampoco quería lastimarla con mis problemas. Me gustaba tal y como ella era, alegre, tenaz y ajena a las preocupaciones de los demás.

—Por favor —bufó descontenta—. ¿Es que acaso no os habéis enrollado nunca?

Me mordí el labio inferior, pensando en cómo desviar aquella conversación. Susana daba por hecho que yo ya me habría liado con un tío en alguna discoteca, aunque no se lo hubiese contado. Seguramente, también daba por hecho que habría llegado a algo más. No podía confesarle que ni siquiera había besado jamás a un chico, porque eso hubiese conllevado una oleada de preguntas comprometedoras y a las que no me sentía capaz de responder. Casi estaba tentada a mentirle y dejar que creyera que era lesbiana y aunque la idea me resultaba atractiva, eso también habría implicado un maremoto de explicaciones, tal y como había sucedido cuando en clase, Marina se había enrollado con Paula.

—No, Su, no nos hemos enrollado y francamente... no creo que ninguno de los dos lo pretenda. Dani es como mi hermano.

Susana me retiró el auricular de la oreja enfurruñada. Dio el alto al autobús y subió acelerada, casi sin esperarme. Me armé de valor y la seguí sin pronunciar palabra. No me sentiría fuera de lugar por estar un rato callada, admirando el paisaje y sabía que, antes de llegar al club de tenis, a mi amiga se le habría pasado el enfado.

—¡Derecha! ¡Derecha! ¡Bien! ¡Ahora, recupera! ¡Eso es, eso es, al centro! ¡Vamos Christine, corre! ¡Llegas de sobra, joder!

Gerard lanzó una exclamación vehemente y me dio la espalda con brusquedad. Jadeé y me llevé la mano al costado, donde el hematoma todavía me palpitaba de dolor. Ahora que me costaba respirar a causa del esfuerzo, lo sentía latir en la piel con mayor

claridad. Me tomé unos segundos para recobrar el aliento, antes de enfrentarme a la furia de mi entrenador. Gerard se secaba el sudor con una toalla y se había acercado al centro de la red. La cejas casi se le rozaban.

—Lo siento —me disculpé, amargamente.

Nunca me comportaba de manera sumisa con nadie, excepto con mi entrenador, tal vez, porque el tenis era realmente lo único que me importaba y la actitud de Gerard se debía a que quería alcanzar el mismo objetivo que yo: victorias.

—Está bien, te estás esforzando. El partido es este fin de semana y es importante para ti, Christine.

Asentí, conforme. Llevábamos dos semanas intensificando las clases para intentar compensar la calidad tenística de Gaia. Desde la otra punta de la pista, Susana, que actuaba de sparring, me alzó el pulgar en señal de ánimo. Ya se le había pasado el enfado de nuestra última conversación. Le sonreí agradecida, un gesto que únicamente me resultaba natural cuando se lo ofrecía a ella.

—Ve a la ducha. Seguiremos mañana.

El gesto de Gerard denotaba preocupación. Era la primera vez que una alumna de la escuela tenía la posibilidad de pasar la fase regional del campeonato de España y optar a la fase final. Todo el mundo estaba volcando sus esfuerzos en mí. De pronto, me sentí abrumada por aquel interés. Nunca había estado tan en el punto de mira de nadie.

—Gracias, Gerard —musité.

Mi entrenador hizo ademán de ofrecerme algún gesto de mayor consuelo, pero lo reprimió. Era estricto hasta límites extremistas, pero la dedicación a sus alumnos era el rasgo que más apreciaba de él. Adoraba el tenis y yo lo adoraba a él por ello.

—¡Qué borde! —exclamó Susana, cuando llegamos a las duchas—. Se ha comportado como un capullo todo el entrenamiento, Chris, deberías haberlo mandado a la mierda.

Sonreí interiormente por el interés de Susana. Lo cierto es que Gerard no era ni la mitad de estricto que Orión y estaba tan acostumbrada a que me gritaran en una clase, que me tomaba de una forma natural las reprimendas de mi entrenador de tenis. Orión, en cambio, estaba luchando por mi supervivencia, como me recordaba cada día y era un aspecto que no podía tomarme a la ligera.

—Estoy rendida —confesé.

Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua repiqueteara sobre mi cuerpo. Sentí la necesidad de abrasarme la piel y aumenté la potencia del agua caliente. Quemaba, pero no lo suficiente como para no resistirlo. Esa pequeña penitencia me complacía y me resultaba placentera estar envuelta en una columna de vapor hirviendo, subiendo en espiral hacia el techo del vestuario.

—¿Vas a casa? —me preguntó Susana, desde el cubículo de al lado.

—Sí, prácticamente son las ocho y tengo que terminar el trabajo de Latín.

—¡Pero es para la semana que viene!

Casi pude percibir el gesto de frustración de Susana. En su modo de vida, no comprendía como una persona de mi edad podía sacar sobresaliente en todas las materias y sentirse complacida por ello. Para ella un cinco ajustado era una nota muy válida.

—Tengo que irme —le aseguré.

No le rebelé que el verdadero motivo era que tendría que dedicar otra parte de mi tiempo a entrenar con Orión. Me sentía tan exhausta, que en mi mente se cruzaban miles de fórmulas para pedirle a Orión que me dejase beber un poco más de sangre antes del entrenamiento. Pero me avergonzaba de mis propias reflexiones. Mi orgullo me lo impedía y además, en una ocasión, Orión me había dicho que era mejor potenciar las habilidades de defensa si estaba cansada, porque podía encontrarme algún día

en una situación parecida. Era su forma de infundirle dureza al entrenamiento y para mí, una nueva constatación de que no era humano.

Me despedí de Susana demorándome en el vestuario. No quería desnudarme delante de ella y permitir que viera las marcas de mi cuerpo. El vaso de sangre que había bebido por la mañana había reducido mucho la inflamación, pero no deseaba exponerme a una oleada de interrogatorios. Susana era muy capaz de denunciar a Orión por malos tratos. Las veces que se había encontrado con él, siempre me había confesado que le inspiraba malas vibraciones y que mi hermano era un tipo muy raro, aunque ella lo encontraba ciertamente atractivo y con el tiempo, habían desaparecido sus reticencias.

Fruncí el ceño en desacuerdo con mi amiga. Orión no me resultaba agradable a la vista, aunque tenía que confesar que el hecho de que fuera el asesino de mi familia podía influir en mi juicio.

Para Orión resultaba muy conveniente que ambos guardásemos ciertos parecidos físicos. Por ejemplo, sus cabellos eran de un negro azabache muy similar al mío. Los lucía pulcramente recortados, modernos, pero serios. Y sus ojos también copiaban una tonalidad azulada muy pareja a la mía. El resto de rasgos físicos de la cara y el cuerpo no estaban en consonancia, pero habían bastado para que todo el mundo estableciera que éramos familia y yo lo detestaba. Cada vez que una vecina o un conocido trataba de halagarnos resaltando esos parecidos, mi rostro se convertía en un témpano de hielo y el corazón me daba un vuelco en el pecho. Orión y yo éramos como el agua y el fuego y en lo único en lo que encajábamos era en que ambos bebíamos sangre: yo por obligación y él por supervivencia.

El Club de Tennis Barcelona no estaba muy lejos de mi casa, así que me encaminé por las grandes avenidas de Pedralbes, distraída en mis cavilaciones. Como era invierno, el día se acortaba con rapidez y las calles estaban completamente a oscuras a esas horas.

Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, recreándome en las mansiones de lujo que adornaban mi barrio. Era fácil para un vampiro encajar entre aquellos lugartenientes, porque todos ocultaban grandes fortunas bajo cámaras de vigilancia y enormes franjas con setos recubriéndolas.

Saludé a algún guarda de seguridad que ya me conocía de vista y por fin llegué a las puertas de la casa de Orión. Siempre tenía problemas con el manojo de llaves porque debía abrir cinco cerraduras para acceder a la vivienda.

Crucé el jardín reposando la vista en la pista de tenis. Orión la había construido para mí, pese a que él no sabía jugar. Yo solía traer a Susana, aunque últimamente no lo había hecho. Lo cierto, es que con el paso de los años, mi amiga estaba mucho más centrada en la naturaleza masculina y sus pretensiones que en mi silenciosa compañía y aquello me estaba empezando a causar verdaderos aprietos. Daba gracias todos los días por contar con la presencia de Dani, que no me incomodaba sobre mi pasado y entendía perfectamente mis reticencias, consolándome con su inexpresivo contacto.

Crucé la puerta de la casa y de inmediato sentí la presencia de Orión en el salón. Encendí las luces que estaban apagadas y me encaminé a la cocina, con intención de beber una bebida isotónica, antes de exponerme a la frialdad de su mirada. Ya había notado que los sentimientos de Dani hacia mí se estaban manifestando más claramente en los últimos tiempos, pero no tenía forma de escabullirme de ellos. No quería ni plantearme las posibilidades que se exponían ante mis ojos. No deseaba abrirme a las sensaciones que reclamaba mi cuerpo. Me froté los brazos como si la estancia se hubiese quedado helada. Orión había encendido la calefacción y la calidez de la casa era embriagadora, pero a mí no me llegaba el calor al pecho. No quería que la actitud de Dani cambiara, pero tampoco podía exigirle que se comportara conmigo de la misma forma que cuando teníamos nueve años.

—Christine. —Orión estaba plantado en el quicio de la puerta, analizando delicadamente mis movimientos. Apuré la bebida y dejé la bolsa de deporte y la mochila sobre la mesa de la cocina—. Te has duchado.

—No quería coger frío —mentí, retirando la mirada de sus pupilas.

Lo cierto es que había deseado retrasar encontrarme cara a cara con él porque hoy no me sentía con ganas de entrenar. Era uno de esos momentos en los que hubiese preferido que se marchara de viaje de negocios y me dejara sola. Pero eso jamás ocurría. Yo sospechaba que se debía a algo más, aparte de controlar que no me escapara. Francamente, no habría podido hacerlo. Orión era lo bastante poderoso como para localizarme y tenía el suficiente dinero como para mandar a un séquito de sus agentes de seguridad en mi búsqueda.

—Vamos al gimnasio —me apremió, viendo que no tenía nada más que decirle.

Fruncí los labios e ignoré el vuelco que había recibido en el pecho. Me sentía nerviosa, insegura y sufría unas terribles ganas de meterme en la cama y dejar volar los dedos sobre mi cuerpo. Tal vez mi perspectiva también estaba evolucionando como la de Dani y ahora aquello me empezaba a parecer importante. La necesidad de sentir un tacto humano, aunque fuese el mío propio, me estaba atenazando por dentro.

Me contuve de buscar una excusa y arrastré los pies, siguiéndole a la planta baja. El gimnasio que Orión había construido era inmenso y ocupaba prácticamente toda la superficie de la planta, junto con un baño equipado con jacuzzi, sauna e hidromasaje. Orión se había quitado el traje de ejecutivo y vestía unos pantalones largos oscuros y una camiseta negra ajustada al pecho. La luz que proyectaban los focos del gimnasio magnificaban la palidez de su piel, hasta convertirla prácticamente en traslúcida. Su aspecto era amenazador. Siempre adoptaba aquella resolución cuando estábamos en el entrenamiento.

–Estoy lista –mentí.

Vaya, llevaba todo el día engañando sobre mis emociones. Me encontraba un poco mareada porque apenas había comido nada en todo el día.

–Relájate –me pidió Orión, como siempre que empezábamos–. Ahora... voy a atacarte de frente, aumentando el ritmo de velocidad. Será una escala superior a la humana, pero estás preparada.

–De acuerdo –cogí aire en los pulmones y adopté una postura defensiva, extendiendo los brazos y doblando un poco las rodillas.

Estaba preparada para soportar esa velocidad de ataque porque, gracias a la sangre y a los entrenamientos, mis capacidades también superaban a las humanas. Era uno de los motivos por los que Orión me obligaba a beber sangre, no quería correr ningún riesgo.

Traté de ocultar aquellas reflexiones, centrándome en sus movimientos. No deseaba recordar porqué en aquel momento también me parecía importante mi seguridad. Orión se movió deprisa. Los músculos de los brazos y las piernas se le marcaron en la carrera y tuve que esforzarme por retener su impulso. Empezó con embestidas con los puños y de vez en cuando lanzaba alguna patada. Sus piernas largas eran muy complicadas de detener con mis movimientos de defensa personal. Practicábamos una especie de Taekwondo pero sin prototipos en los movimientos y en una pelea adaptada a la vida real, a un ataque humano. Comencé a interceptar sus brazos con mis muñecas y esquivé las patadas, hasta que el cansancio me relajó los músculos y Orión me golpeó en el rostro con el dorso de la mano. Ahogué el sonido con los labios y me desplomé en el suelo. Sentí el parqué reteniendo la caída, pero me había desorientado y perdido la posición. Orión no me otorgó respiro y me propinó una patada en el costado, en el mismo lugar donde me había golpeado el día anterior. Reprimí un grito para evitar que después me castigara por ello y traté de

esquivar el tercer golpe. Perdí el sentido de la orientación mientras rodaba por el suelo y sentí un dolor agudo en el tobillo izquierdo. Jadeé y deposité las manos boca abajo, respirando con dificultad.

—¡Levántate! —ordenó Orión con voz de ultratumba. El sonido gutural de su garganta me hizo daño en los oídos, era un sonido horrible—. ¡Vamos, Christine!

Mis fuerzas resultaban escasas y no pude obedecer su mandato. Me arrastré de rodillas hasta llegar a la pared y me di la vuelta, reposando la espalda en la superficie y prácticamente ovillada. En un acto reflejo me protegí el rostro con los brazos y contemplé horrorizada la figura de Orión, caminando en mi dirección. Mi cerebro sufrió un estallido y de pronto tenía cuatro años y él, vestido de oscuro también, se aproximaba hacia mí con la misma expresión de necesidad. Casi percibí la sed que podía estar sufriendo en ese instante y las ganas de penetrar mi piel con sus incisivos.

—¡No! —grité, parpadeando.

La escena había volado de mi cabeza, pero aún sentía el miedo. Orión se detuvo a escasos centímetros de mí y su expresión se deformó en una mueca de asombro. Algo parecido a la inquietud cruzó su rostro.

—Christine... —pronunció muy despacio, como si de verdad se estuviese dirigiendo a una niña de cuatro años.

El ritmo de subida y bajada de mi pecho era frenético y jamás había tenido tanto miedo. No comprendía lo que me ocurría, Orión podía haberse comportado con más dureza y crueldad, en otras ocasiones lo había hecho, pero aquella noche, precisamente aquella noche, me sentía insegura en su presencia y estaba convencida de que en cualquier momento se abalanzaría sobre mí y acabaría con mi vida, igual que había hecho con la de mi familia. Quería pedir auxilio, llamar a Dani y que me protegieran, pero estaba sola ante el vampiro, totalmente indefensa para lo que él quisiera hacer conmigo.

—¡Pégame! —le ordené, furiosa.

La rabia latía en mis venas. Deseaba que Orión manifestara por fin su naturaleza y me infligiera daño cuantos antes, acabar de una vez con toda aquella desesperación, recuperar el control sobre mí misma.

—Es suficiente —sentenció entonces.

Detuvo su avance y relajó el semblante y la posición de ataque, pero no resultaba menos aterrador por ello. Quise moverme, pero tenía los músculos entumecidos. Me analicé el cuerpo en un primer vistazo temiendo haber sangrado, pero Orión siempre trataba que mis heridas nunca produjesen sangre, de haberlo hecho, él habría podido perder el control.

Caminó a una de las estanterías del gimnasio y cogió una navaja y un vaso de plástico. Normalmente, no dejaba que yo contemplara aquel ritual, pero casi me sentí cautivada mientras se realizaba un corte en el antebrazo y rellenaba el vaso con su sangre. El olor del líquido resbalando por el plástico me inundó las fosas nasales. Estaba tan cansada, tan débil, que sentía una urgencia imperiosa por arrebatarse el vaso y apurar su contenido. Afortunadamente, había comprendido que yo no era un vampiro porque la sangre humana no me causaba ese efecto, únicamente ocurría con la sangre de Orión.

—Bebe —me indico, inclinando el vaso sobre mis labios.

Se había tomado la molestia de arrodillarse a mi lado, sin hacer el menor esfuerzo por obligarme a levantarme del suelo, donde seguía ovillada. Contemplé el color rojizo del vaso y todos los poros de mi piel se agitaron de regocijo, pero aquello me provocó una arcada. Mi cuerpo se contradecía porque mi cerebro quería seguir funcionando de una manera lógica y no era lógico que yo deseara aquello. Aparté a Orión y vomité sobre el parqué, echando por la boca lo poco que había comido.

—¡Christine!

La alarma de su voz me produjo alivio. Le había removido su pasmosa calma. No estaba acostumbrado a verme enferma, yo nunca enfermaba.

—¡Vete! —le urgí, limpiándome la boca con la manga—. ¡Y llévate eso!

Señalé la sangre con un gesto de cabeza. Las náuseas se habían disipado y era consciente de que ahora podía arrancarle el vaso de las manos.

—Necesitas beber —me instó, con su habitual paciencia—. Siento tu necesidad.

Quería poner los ojos en blanco pero era un gesto que a él le hubiese resultado revelador. Por supuesto, él podía comprobar todas mis emociones gracias a sus habilidades y siempre estaba pendiente de ellas.

—¡No necesito tu estúpida sangre! —le grité.

Los ojos de Orión se oscurecieron, apagando su azul característico. Estaba muy furioso y podía pagar su frustración conmigo.

—Si no bebes, mañana serás incapaz de moverte de la cama —me espetó.

Se acercó a mí y rodeó mis muñecas con una sola mano, inclinandome el vaso hacia los labios. Mi boca reseca se humedeció ansiosa, pero yo traté de resistirme.

—¡No me toques! —chillé, en un grito agónico y Orión me soltó de inmediato.

Me aparté de él con las pupilas dilatadas por el miedo y la respiración fulminándome el pecho con sus embestidas. Mi mente me había vuelto a jugar una mala pasada y Orión sabía que había cruzado un límite infranqueable. Él jamás me ponía una mano encima, salvo en los entrenamientos.

El tacto de su piel había sido suave y cálido, al contrario de lo que manifestaban los mitos, los vampiros no tenían una temperatura distinta a la de los humanos.

—Está bien —claudicó.

Me pregunté si se debía a una concesión por el día en el que estábamos o porque jamás me había visto comportarme de aquella forma. Fuese cual fuese el motivo, su expresión no me parecía más alentadora que las demás. No estaba acostumbrado a lidiar con aquellos problemas pero tampoco iba a permitirme desobedecerle de nuevo. Me obligaría a beber sangre por la mañana si yo seguía negándome y aunque se había prendido una luz en mi cerebro, sabía que no podría resistirlo demasiado. Mi organismo estaba demasiado intoxicado con su sangre y la necesitaba para mantener el ritmo de actividad cotidiana. Había crecido de aquel modo y no podría cambiar fácilmente mis hábitos de vida. Evidentemente no estaba condenada a no poder sobrevivir sin la sangre de vampiro, pero sí que sufría algo así como una adicción.

—Duerme un poco. Mañana retomaremos el entrenamiento.

Orión me dio la espalda y me dejó sola en aquella inmensa estancia, rodeada de paredes vacías y envuelta en una oscuridad desoladora. Mis propios fantasmas habían acudido aquella noche con más saña que nunca y no estaba preparada para afrontarlos. Deseaba que el tiempo pasara rápido y se me acortara el sufrimiento, pero no me quedaban muchas vías de escape. Estaba sola, no tenía ningún familiar vivo y mi único consuelo era Dani, al que estaba rechazando constantemente.

Casi sentí la necesidad de gritar y liberar el dolor que se me había anidado en el pecho. No estaba acostumbrada a no dominar mis pensamientos y me asustaba haber perdido la capacidad de autocontrol en la que tanto había trabajado. Hice un esfuerzo por levantarme, sujetándome a la pared. El tacto me pareció áspero e incómodo. Me dolía el pecho, el costado y me ardía la mejilla

donde había recibido el primer golpe. Todos los músculos de mis extremidades se me habían entumecido. Caminé insegura hasta las escaleras y subí los dos pisos sujetándome a la barandilla. La presencia de Orión se había extinguido de la casa pero podía estar en algún lugar del jardín. No tenía ánimos para asomarme a la ventana y comprobarlo. Me tumbé en la cama y me envolví en la colcha, tapándome la cabeza. Me había dejado el iPhone en la cocina, dentro de la mochila, pero en mi habitación tenía un teléfono fijo. Tentativamente tecleé los números que me sabía de memoria.

—¿Sí?

—¿Da... Dani?

—¿Qué ocurre, Chris?

La voz de Dani sonaba urgente, casi desesperada. Me concentré en devolver a mi tono un sonido corriente.

—Nada... es sólo que... ¿podrías venir a casa?.

Escuché como contenía el aliento y tardó más de tres segundos en responder.

—¿Te ha hecho daño?.

Apreté los párpados contra las mejillas. Estaba cometiendo un error al ser tan descriptiva con los métodos de entrenamiento de Orión. No podía permitirme el lujo de que mi amigo pensara que estaba sufriendo algún tipo de malos tratos. Dani pensaba que Orión era mi hermano, no tenía ni la más remota idea de que existían los vampiros y le había contado únicamente lo justo para no traspasar la línea. Orión lo sabía y me lo había permitido, pero si se enteraba que Dani sospechaba de él de algún modo, volveríamos a desaparecer, tal y como habíamos hecho en otras ocasiones y jamás volvería a ver a mi mejor amigo.

—No —le aseguré, insuflando un poco de autoridad a mi voz. Al menos, había logrado un tono más cercano a la indiferencia—, pero no me encuentro muy bien.

—De acuerdo —concluyó, no muy convencido. Resultaba muy complicado engañar a la persona que mejor te conocía—. Voy para allá. —Y colgó.

Suspiré aliviada. Debería lidiar con otro problema, pero tendría que asumirlo y superar esa barrera. Tenía trabajo por hacer. Me había vencido la debilidad y ahora debía prepararme para interpretar otro papel, al menos hasta que él se sentara a mi lado y yo pudiera volver a dejar traspasar un resquicio de mi personalidad. Me levanté de la cama y bajé las escaleras de nuevo. Que Dani fuese a venir me otorgaba ciertas fuerzas y no tuve problemas para llegar al gimnasio. Orión no había tocado el vaso de sangre que había dejado en el suelo, antes de marcharse. Me sentí aliviada. Lo necesitaba para mejorar mi estado físico y que Dani no se diese cuenta de los golpes. No lo pensé y apuré el contenido. El estómago se me contrajo de alivio. La sangre cedió por mi garganta restaurando mi ánimo y mis energías. Gemí de placer y dejé caer el vaso vacío al suelo. Cerré los ojos para disfrutar de aquel ramalazo de gusto y me relamí los labios, dibujando el contorno con la lengua. Inspeccioné el lugar con la cabeza para cerciorarme que Orión no me hubiese visto y regresé apresurada a mi habitación. Me di una ducha rápida, me puse un poco de crema anti-inflamatoria en el hematoma de la cadera y comprobé con alivio que la marca de la mejilla se había disipado gracias a la sangre. Me cepillé el pelo, me coloqué el pijama más neutro de *Oysho* y me senté en la cama a esperar. Cinco minutos después, Dani tocó al timbre. Esperé unos segundos para ver si Orión abría, pero efectivamente, debía de haberse marchado. Me alegré de ello. Dani atravesó todos los sistemas de seguridad y subió a mi habitación, acompañándome.

—Gracias —le susurré con devoción.

—Tranquila —me sonrió y me rozó la barbilla con el dedo índice.

Me sorprendí disfrutando de la caricia, pero aquel era mi límite por el momento. Me metí en la cama y le hice sitio. Dani se

desprendió de la chaqueta, los zapatos y la camiseta y se dejó el pantalón de deporte que llevaba y los calcetines. Se metió conmigo en la cama, sin tocarme, pero girado en mi dirección. Con él tan próximo me sentía segura, pero debía controlar mis emociones. La proximidad era un arma de doble filo. Por un lado, estaba más tranquila, por el otro, me ponía nerviosa dormir tan cerca de un hombre, aunque ese hombre fuese mi mejor amigo y respetara mis temores.

—Duérmete, cariño —canturreó.

Su voz era hermosa, un bálsamo para las heridas de mi pecho.

—¿Estás cómodo? —quise saber.

Dani me sonrió con ternura. La cama era de un metro cincuenta, mucho más grande que la que él tenía en su casa, aunque tuviera que compartirla conmigo. No era la primera vez que lo hacía. Eran muy pocas las ocasiones en las que yo no podía controlar mis emociones, pero desde que éramos niños, cuando me había sentido así, él se había venido a dormir conmigo. Orión nunca me lo había prohibido. Siempre había permitido que viniese a casa cualquier persona que yo quería y entonces él me dejaba espacio y se marchaba o simplemente se comportaba como un buen anfitrión. Estaba convencida de que vigilaba mis movimientos y que comprobaba exhaustivamente que Dani no me tocaba, porque de lo contrario, lo hubiese matado en el acto. Sólo aquel pensamiento ya me resultaba insoportable. Si Dani hubiese muerto a manos de Orión, me habría vuelto loca.

—¿Qué le has dicho a tu madre?

—La verdad. Que venía a verte.

—Oh —me preocupé.

Sabía que la señora Bartra estaba al tanto de mis temores a los hombres, pero no estaba segura de que comprendiera lo que hacíamos Dani y yo en esta habitación ni tampoco mi actitud egoísta con su hijo. Yo no podía darle lo que, supuestamente, él llevaba aguardando tanto tiempo.

—No sufras —me tranquilizó, adivinando mis pensamientos—. También estaba preocupada por ti.

Me sentí más tranquila, pero incómoda. La señora Bartra, la madre de Dani, siempre me había cuidado y tratado como si fuese su propia hija, pero yo jamás había correspondido esos sentimientos. No me sentía preparada para que nadie se comportara conmigo como si fuese mi madre, porque eso convertía en más real su muerte. Prefería guardar las distancias y no abusar demasiado de su confianza. Después de todo, la señora Bartra estaba enferma. Sufría una enfermedad incurable que se llamaba *Fibromialgia* y que no le permitía trabajar, por lo que Dani se había visto en la obligación de buscar un empleo desde muy joven y mantener a la familia. Me sentía muy mal cuando estaba sentada en la humildad de su hogar, pensando en las riquezas en las que yo había crecido, pero por alguna extraña razón, la casa de Dani me parecía mucho más enriquecedora que la de Orión, vacía de todo lujo pero tan llena de humanidad.

—¿Vas a quedarte? —le pregunté, temiendo que tuviera que marcharse.

—Toda la noche —me prometió. Hizo un gesto para acercarse un poco más a mí, pero me retiré hacia la pared, asustada—. Entrarás en calor más fácilmente si me acerco. Te prometo que no voy a tocarte.

Permití que Dani redujese un poco el espacio entre los dos y le tendí una mano, confiando en su palabra. Él la tomó de buen grado y se quedó observándome y contándome cosas hasta que caí rendida y me dormí. Soñé una vez más con la muerte de mi familia, pero en aquella ocasión, Orión no pertenecía a mi recuerdo. Era él, el otro vampiro que había entrado en mi casa y le había ordenado que nos matara, quien ocupaba toda mi pesadilla. En mi sueño, no podía dibujar su rostro, pero sí reconocía el tono áspero y frívolo de su voz. Una voz terrorífica.

Me desperté gritando y pataleando en la cama cuando el sol ya se colaba por la ventana y atravesaba la colcha. Era sábado, Dani ya se había marchado a trabajar y únicamente quedaban los destrozos de mi soledad. Y el vacío inequívoco de mi memoria.